

**Aldave, G., Balbidares, T., Barrera, N., Bísforo, M. del C., Bonnin, I., Cignoli, M. Á., Estevez, M., Fantone, L., Irusta, M. E., Paulucci, V., Rodríguez, M. L., Roldán, M. J., Romero, B., Scianca, C. y Zapata, M. A. (2023). *Las que cuentan*. Municipalidad de General Pinto [pp. 100].**

**Lucía Fayolle**

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-Conicet), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.  
[fayollelucia@gmail.com](mailto:fayollelucia@gmail.com)



*Las que cuentan* es un libro editado en 2023 por la Municipalidad de General Pinto, a partir de una convocatoria realizada por la Dirección de Cultura, a cargo de María Celia Gariboldi, y la Dirección de Género y Diversidad, a cargo de Soraya Zavatarelli, en la cual se invitó a mujeres de todo el distrito a participar de la edición del segundo libro publicado por la Municipalidad. El objetivo era potenciar la escritura realizada por mujeres que deseaban comenzar a escribir, o dar visibilidad en formato de libro a textos que, hasta el momento, habían permanecido en la privacidad de sus cuadernos. Se buscaba dar a la escritura femenina pintense la entidad de *libro* para que ellas se reconozcan con derecho a formar parte de la *literatura*: un libro de quince mujeres inéditas se alojaría en cada biblioteca del distrito; un libro ilustrado por la artista Delfina Tula podía ser mostrado a hijxs y nietxs con el orgullo de nombrarse “escritora”; un premio entregado a cada una en el Salón Blanco de la Municipalidad podría exponerse en cada casa para que lo vean las visitas.

Para fomentar la escritura de aquellos relatos que hasta el momento permanecían en la oralidad, se propuso un taller que tendría lugar en la Biblioteca Domingo Faustino Sarmiento de General Pinto, a cargo de la profesora de literatura María Julieta Roldán, quien también coordinaría y corregiría los textos publicados en el libro. Con la maquetación de Leandro Zanetti y las ilustraciones de Delfina Tula, se compuso un libro de veintiún cuentos escritos por María del Carmen Bísforo, Isabel Bonnin, María Angélica Zapata, Norma Barrera, Cecilia Scianca, Marisa Estevez, Liliana Fantone, Graciela Aldave, María Laura Rodríguez, María Julieta Roldán, María Ester Irusta, Virginia Paulucci, Teresa Balbidares, María Ángela Cignoli y Brina Romero.

A su vez, el libro fue presentado en el Salón Blanco de la Municipalidad de General Pinto, con la entrega de objetos artísticos realizados por Anabela Riesgo, a partir de fotografías alojadas en el Archivo Histórico Municipal. En ese entrelazamiento de artistas mujeres –escritoras, diseñadoras y artistas visuales–, se contribuyó a la reconstrucción, recuperación y recreación de la identidad local, con una perspectiva de género que dio lugar a la escucha y lectura de voces que permiten conocer General Pinto desde una nueva mirada, ahora literaria y femenina. En el prólogo, escrito por la profesora María Julieta Roldán, el libro se presenta como un acto de justicia que les da lugar público a escrituras de vecinas de la ciudad. “Esas escrituras tenían un anhelo común: deseaban ser visibilizadas, y que sus relatos formaran parte de una gran antología literaria” (p. 9), escribe María Julieta Roldán. Ese cruce, tanto entre oralidades y escrituras como entre lo público y lo privado, es transversal al libro. Ya desde su comienzo en formato taller, la conversación fue fundamental para “animar” la escritura de “nuestras mujeres pintenses”, que, en su conjunto de textos diversos, “muestran el mundo como solo ellas lo quieren contar” (p. 9). Entonces, se compone un libro que puede leerse como una huella de esa conversación que tuvieron en el taller, ese espacio desbordante en el que quince mujeres se encontraron semanalmente para darles forma a textos hasta el momento guardados o aún no escritos. El libro surge como una legitimación de esas escrituras antes conversadas, donde cada una de ellas deja una huella en la construcción de una historia imaginada y charlada entre mujeres pintenses.

Son veintiún cuentos muy diferentes entre sí, entre los cuales podemos encontrar tres grandes ejes temáticos estructurales e interconectados. Un gran grupo de cuentos pone por escrito recuerdos que pretenden ser lo más fieles que sea posible a lo que aconteció, entre los cuales se encuentran “Las cartas no enviadas”, “Emilia”, “La dama y el viajero”, “El perro del cementerio”, “Una historia de amor”, “La carta”, “Ausencia”, “El club de mi barrio” y “Elfride”. Otro grupo revisa esas historias de vidas propias y cercanas, desde una mirada crítica, problematizando los sentidos comunes asentados desde sus infancias. En este leemos “José”, “Mujeres... ¿las de antes?”, “Mujer”, “Ella” y “Soliloquio de un cuerpo”. Y, por último, hay un conjunto de cuentos que, situados en el noroeste bonaerense y con cierta cercanía con las leyendas populares de mayor circulación en la región, crean cuentos de terror que ponen de relieve otros mundos posibles en la región. En este último grupo se pueden leer “La campera”, “La gallina” y “El diablo en el espejo”.

El texto que abre este libro es “Las cartas no enviadas”, de Cecilia Scianca. Dedicado a quien también es la protagonista de este relato, Dorotea Narvaiza Gallastegui, que nació en 1922 y murió en 2012. La escritora busca “hacer justicia por mi bella tía abuela” (p.12), con un relato sobre “las cartas que nunca llegaron a su destino; de esas que podrían haber iniciado un gran amor” (p.11). Dorotea había tenido un romance frustrado con un joven que no fue aceptado por su familia, pero que le envió una gran cantidad de cartas que nunca le fueron entregadas. Entonces, ante cartas que nunca llegaron y, por lo tanto, Dorotea no pudo responder, su sobrina-nieta reescribe la historia, inventa las cartas posibles que Dorotea podría haberle contestado a su amor correspondido, “poner en ella las palabras no dichas y consolar así al corazón herido” (p.14). Inventa fechas, nombres, localidades, combina la historia de Dorotea

con las otras realidades posibles. Pero también, así como la imaginación es fundamental para reponer esa historia que hubiera sido posible, la escritora aclara: “No es inventado, su historia fue real y aunque me lo negó cuando le pregunté, luego confesó que ella había perdonado lo que había que perdonar. Su historia es la de muchas mujeres” (p.16). “Desearía saber más y ser fiel a lo real” (p.17), escribe, pero lo real es infiel a la potencialidad de una historia imposibilitada por los mandatos sociales. Entonces, la imaginación de pasados posibles, más justos, se convierte en parte fundamental de la historia de las mujeres del noroeste bonaerense: ¿qué vidas, qué amores hubiésemos vivido?

Otro de los cuentos que resulta representativo de los demás, porque además de revisitar los recuerdos de la infancia repone el lugar de la mujer, tanto como sostén familiar en condiciones de vulnerabilidad extrema como su enorme sensibilidad para el desarrollo de políticas públicas, es el cuento “Emilia”, escrito por Virginia Paulucci. Este construye el escenario de felicidades de una familia pobre en el pasado pintense: el gallinero como *ring* o como escenario, el picadito de fútbol con la pelota de trapo, el mate cocido; una felicidad sostenida porque una madre hizo magia y convirtió “las bolsas de harina [...] en sábanas blancas, el pan en exquisitos bocados, los días en fiestas” hasta que “a la casa llegaron fuentones, sábanas, una máquina de coser, ropa, zapatillas” (p. 20) porque en la política argentina hubo otra mujer, Eva Perón, que devolvió la dignidad a los pueblos. De esta manera, Virginia Paulucci cuenta una historia personal y cercana, que podría ser la de cualquier otrx. Estos escenarios de extrema vulnerabilidad, sostenidos por mujeres cuyo amor los convierte en recuerdos alegres, se repiten en otros de los cuentos alojados en este libro, como “José”, de María del Carmen Bísforo, y “Lluvia”, de María Ángela Zapata. Encontramos, entonces, un deseo de darles lugar a esas historias marginalizadas que estas mujeres consideran que merecen ser recordadas en esta búsqueda de “mostrar el mundo como solo ellas lo quieren mostrar” (p. 9).

En el cuento “Mujeres... ¿las de antes?”, Isabel Ana Bonnin revisa su propia historia como mujer para ponerle signos de interrogación a esta frase tantas veces dicha. “Mi madre [...] tenía un concepto muy equivocado de educar a sus hijos, sobre todo a las hijas” (p. 27), ligado a hacer cumplir el deber ser de una “señorita” en el interior de la provincia de Buenos Aires: “Aprender corte y confección, bordado y hacer ganchillo [...], cocinar como lo hacía la abuela, [...] aprender piano” (p.27). La madre era quien evaluaba a los candidatos que se acercaban en los bailes, para decidir si este la podía acompañar hasta su casa. Así como critica esa educación que recibió, también exclama “pobre mamá, aún la veo lavando a la intemperie, en pleno invierno en una batea de madera, la ropa de sus tres hijos, más la de ellos dos, sin ningún confort” (p. 28). Isabel hace una “leve reseña de la vida de antes, allá por la década del 40, donde las mujeres se iban apagando, como una velita” (p. 28), sensación que le lleva a preguntarse, desde su propia experiencia, si antes eran más felices las mujeres. Y se responde que no, con la certeza que le da haber “pasado de todo, lo bueno, lo malo, lo más y lo peor, el sube y baja de la vida durante 90 años” (p. 28). Entonces, este es el texto escrito por una mujer que recibió y cumplió ese mandato, que revisa su propia historia de manera crítica y feliz de poder reescribir esas exigencias.

Por último, el cuento “El diablo en el espejo”, escrito por María Teresa Balvidares, sitúa una

historia de terror en el verosímil de las adolescencias pintenses. Cuenta la historia de tres amigos, Diego, Inés y Adrián, que habían compartido toda su vida escolar con una amistad inquebrantable, hasta los 18 años, cuando sus caminos se bifurcaron. Se narra un cuento en el que tres amigos se mantienen en contacto a través del gusto compartido por los pódcast. A partir de esa escucha de historias lejanas, les llega la del diablo en el espejo, que los termina convirtiendo a ellos mismos en protagonistas del terror. El noroeste bonaerense, ese lugar “donde todos se conocían, donde la historia no estaba escrita en los papeles, sino grabada en la memoria, y como la memoria es muy personal y subjetiva, casi nunca se sabía qué era mentira y qué era verdad” (p. 55), se convierte en la nueva escenografía de una historia de terror hasta el momento difundida solo en la oralidad.

Una escenografía construida no solo por este cuento, sino en el diálogo con todos los demás, que, con la pluralidad de voces que componen el libro, relata General Pinto en su complejidad temporoespacial, desde la perspectiva de mujeres de diversas edades e historias de vida. A través de cartas, cuentos de terror, ensayos y microrrelatos, *Las que cuentan* presenta a General Pinto con una mirada múltiple y conversada, una mirada-taller, una mirada-charla, que deja su huella escrita en forma de libro. Leemos una puerta de entrada literaria a la ciudad, para la cual la ficción es una posibilidad, y la ruptura de límites con la realidad es la potencia transformadora de sus propias historias. Como si le contaran una anécdota a la compañera del siguiente cuento, las mujeres pintenses crean y recrean lo vivido, lo imaginado y lo deseado. Entonces, *Las que cuentan* es el libro justo y necesario para reescribir la historia de las mujeres pintenses: ¿qué hicimos?, ¿qué podríamos haber hecho?